

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo
según San Mateo 8,1-4

Texto y comentario: BIBLIA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA



Cuando Jesús bajó de la montaña, lo siguió mucha gente. En esto se acercó un leproso y se postró ante él diciendo: «Señor, si quieres puedes purificarme».

Jesús, extendiendo la mano, lo tocó y le dijo: «¡Quiero, queda purificado!». Y al instante, quedó purificado de su lepra.

Entonces Jesús añadió: «¡No se lo digas a nadie, sino que preséntate ante el sacerdote y lleva la ofrenda que te ordenó Moisés, para que les conste que quedaste sano».

Palabra del Señor

Comentario:



Concluido el Sermón de la montaña (Mt 5,1-7,29), Mateo inicia un nuevo momento en su evangelio. De la instrucción del Maestro pasa ahora a la acción poderosa del Señor de la comunidad, quien posee autoridad sobre la enfermedad (Mt 8,1-17; 9,1-7; 9,20-22.27-34), la naturaleza (Mt 8,23-27), los demonios (Mt 8,28-34) y la muerte misma (Mt 9,18-19;23-26). El evangelista, mediante tres series de tres milagros cada una (Mt 8,1-17; 8,23-9,8; 9,18-34), resalta la eficacia absoluta e inmediata del poder de Jesús, y para ellos elimina incluso los rasgos narrativos no indispensables y los personajes secundarios, y conserva solo a Jesús y al beneficiado, privilegia el diálogo y el tema de la fe, y destaca la acción de mirar con la que Jesús, desde el principio, domina la situación y pone de manifiesto su poder y majestad. Pero también es sintomático que la primera serie de milagros haga mención de las palabras de Isaías (Is 53,4 en Mt 8,17), lo que revela una vez más el interés de Mateo por mostrar que el cumplimiento del plan salvador de Dios llega con la acción del Mesías y su misericordia en favor del pueblo. Lo anunciado es ahora realidad por medio de los signos que él realiza.

La primera serie presenta tres relatos de milagros unidos entre sí en favor de personas marginadas (leproso, pagano, mujer). Este, el primero de ellos, además de abrir la serie, enlaza con el Sermón de la montaña (Mt 8,1). La lepra, además de ser una enfermedad, constituía también una impureza y era causa de marginación religiosa y social; su curación representa una liberación total de la persona. Al mismo tiempo que aparece el poder liberador del Mesías, la orden de que se presente al sacerdote señala la continuidad con la costumbre judía (Mt 8,4).

